



¿Con Zanini en el gobierno, Cristina retiene el poder?

Por Alberto B. Bianchi

“Qué lindo, que lindo, que lindo que va a ser, el Tío en el gobierno Papá en el poder”, cantaban alegremente los jóvenes peronistas durante la campaña electoral de principios de 1973. A ninguno de ellos le importaba mucho elegir a un Presidente que se enorgullecía de ser una marioneta del verdadero tenedor del poder que, además, estaba a más de 12.000 km de distancia, en un mundo en el cual el medio de comunicación más rápido era el teléfono.

Cierto es —en homenaje a la verdad— que Héctor Cámpora y Juan Domingo Perón no inventaron esta forma de gobernar. En todo caso la practicaron sin pudor alguno durante un muy breve lapso, al cabo del cual la realidad retomó su curso inexorable. La historia está plagada de ejemplos en los cuales quien gobierna sólo lo hace formalmente, mientras que el poder reside —oculta o abiertamente— en otra persona. Julio A. Roca manipuló la elección de su concuñado, Miguel Juárez Celman, para retener el mando político mientras esperaba su segundo turno y todas las monarquías europeas actuales son un vivo ejemplo de ello. Luego de ser elegido, el Primer Ministro inglés concurre al Palacio de Buckingham para solicitar a la Reina autorización para formar el gobierno, pero, desde hace mucho tiempo, esto no es más que una mera formalidad cumplida protocolarmente con el solo objeto de mantener viva una pieza arqueológica de la Constitución.

En la Argentina, por el contrario, el poder político del Presidente dista mucho de ser una pieza de arqueología. Antes bien, es una realidad abrumadora, constante y presente. Ello no impide, sin embargo, que, cada tanto, el poder real sea ejercido por alguien que no es el titular del Poder Ejecutivo.

Una nueva oportunidad para ello se abrió la semana pasada cuando la Sra. Fernández de Kirchner — que probablemente en 1973 habrá entonado también el pegadizo cantito electoral— sorpresivamente movió las piezas de su tablero eliminando de la carrera presidencial a su “golden boy” (Florencio Randazzo) y colocando a Carlos Alberto Zanini, hombre de su mayor confianza, en la fórmula del primer competidor, casi sin pedirle permiso.

Así, de triunfar la fórmula Scioli-Zanini, un resultado que a esta altura parece ser altamente probable, es indudable que será el Vicepresidente quien tendrá las riendas del gobierno. Contará para ello con el descomunal aparato estatal que nos gobierna, al que conoce de memoria pues ha sido uno de sus arquitectos y conductores. A nadie puede escapar que desde una función primordialmente técnica como es la Secretaría Legal y Técnica, Carlos Zanini ha ejercido —con sorprendente bajo perfil— una influencia política gravitante, que se agigantará una vez sentado en la Presidencia del Senado, desde donde no se limitará a “tocar la campanita”, como decía Sarmiento. Ese poder se ejercerá, naturalmente, a expensas del que pierda el Presidente. Será una cohabitación de fuerzas desiguales.

Lo más curioso de este fenómeno —sólo explicable por la personalidad de quien está más acostumbrado a obedecer que a decidir— es que Scioli haya optado por subordinarse al oficialismo cuando, sin su ayuda, figuraba al tope de las encuestas. Lo usual en este tipo de situaciones en las cuales se desagrega el poder del gobierno, es que quien ejerce el mando real está impedido, por alguna razón, de gobernar. Este impedimento le exige, entonces, elegir un vicario que lo sustituya a sabiendas —y con el compromiso— de que obedecerá las órdenes de su “king maker”. Así fue como surgió el lanzamiento del Ministro del Interior y Transporte.

Pero este no era el caso de Daniel Scioli. Si bien es cierto que el gobernador de Buenos Aires le debe su poder político al matrimonio Kirchner, no lo es menos que hasta la semana pasada su candidatura estaba lejos de contar con la bendición de la Casa Rosada. Se había ido formando espontáneamente, al margen del

consentimiento oficial. No obstante ello, merced a su extraordinaria capacidad para deambular en el mundo de las vaguedades sin confrontar con nadie y ayudado por una deslucida y, en algunos casos, incompetente oposición, Scioli estaba colocado -casi inercialmente- en el primer puesto de una carrera en donde el ganador no se perfilaba claramente todavía. En estas condiciones podía elegir su compañero de fórmula sin tener que ir a Olivos a pedir permiso.

Allí, en la quinta presidencial, la Presidenta observaba inquieta este escenario viendo como, no obstante ser la dueña de un alto caudal electoral -tal vez mayor al de cualquier candidato- su elegido no subía en las encuestas. Rápida de reflejos y sin apearse a compromiso previo alguno, abandonó a Randazzo y se “coló” en la fórmula de Scioli a quien le mandó comunicar que integraría la boleta con Zanini. Si el gobernador tenía un candidato “in pectore” no lo sabremos nunca. Fiel a su estilo, Scioli ha obedecido la orden sin confrontar, intentado que parezca una elección propia.

Luego de esta decisión la carrera hacia la presidencia ha cambiado sustancialmente. En el Frente para la Victoria el camino se ha despejado por completo y queda una sólo fórmula que cuenta con todo el apoyo oficial. Más que la fórmula del FPV será la de La Cámpora. De los otros competidores el único que podría acercarse es Mauricio Macri, pero necesitará sumar muchos votos que no son propios, en especial los de Sergio Massa con quien no quiso unirse.

Hagamos, entonces, un arqueo de las certezas e incertidumbres que existen en este momento, cuando faltan menos de dos meses para las PASO y casi cuatro para las elecciones generales.

Naturalmente, la primer incertidumbre es quien ganar  la carrera presidencial. Aún así, despejada como ha quedado la pista, la fórmula de La Cámpora se presenta como favorita. Cuenta para ello con dos elementos formidables: el gran caudal electoral peronista, compacto y poco entregado a las sutilezas ideológicas, que nunca es menor al 40% y todo el apoyo del aparato estatal.

De confirmarse esta opción enfrentaremos dos certezas: (a) el poder real recaerá en Zanini y (b) se profundizar  el modelo político y económico que él mismo ha contribuido a fundar, con todo lo que ello implica.

Esto plantea dos nuevas incertidumbres. La primera, de coyuntura, es cuanto tiempo soportar  la economía el descomunal gasto público, sin inversión productiva, que alimenta el “modelo” antes de que la inflación llegue a límites intolerables.

La segunda es más filosófica. La Sra de Kirchner ha movido las piezas para elevar a la Vicepresidencia de la Nación a su Secretario Legal y Técnico, mientras ellas hace una retirada forzosa a los cuarteles de invierno más próximos que encuentre. Su expectativa, claramente, no sólo es que su estadía en ellos sea cómoda y placentera, sino que sea breve.  Por qué no habría de soñar, entonces, con la fórmula Kirchner-Zanini en 2019 o, mejor aún, Kirchner-Kirchner? Ya conocimos la fórmula matrimonial (Perón-Perón), ahora podríamos experimentar la fórmula maternal.

La clave de todo ello, sin embargo, no dependerá tanto de la Sra. de Kirchner, como de su hombre de confianza. En otras palabras,  hasta qué punto Zanini será para la Presidenta, lo que Medvedev fue para Putin? Puede ser que el activo y sutil Richelieu de la dinastía Kirchner se limite a cuidar el trono de su monarca. Pero también puede suceder que, una vez sentado all , lo quiera sólo para sí mismo.

En síntesis, la Presidenta intenta tranquilizar su futuro colocando en un lugar clave a un funcionario leal. Pero Zanini no es Héctor Cámpora y la lealtad no es la única de su condiciones.